

TRIVIUM VI

Libro de lectura para aprender a hablar, pensar y leer en sexto grado

El Viaje



Graciela B. Hernández de Lamas





Esto lo deberá llevar a Proserpina, diosa de los infiernos. Si la rama no se corta, es inútil tratar de hacerlo. Significa simplemente que no puede entrar. Cumple con todos los ritos que manda la Sibila.

Con la espada desenvainada avanza Eneas por los desiertos y mustios reinos de Plutón. Pasan por las moradas del Orco, donde están el Dolor y los remordimientos vengadores; las pálidas Enfermedades y la triste Vejez, el Miedo y el Hambre, mala consejera; la Pobreza y la Muerte con su hermano el Sueño; la Guerra y la Discordia en furia.

De allí llegan al río Aqueronte, que termina en el Cocito. Estos ríos son guardados por el barquero Caronte, sujeto horrible que con un garfio maneja su negra nave. En ella transporta los muertos. Por supuesto que no permite que suba Eneas... hasta que ve la rama dorada. Eneas está impresionado. Ve algunos guerreros suyos, al mismo Palinuro, que no entendía cómo se había muerto.

- **Averno, Hades o Infierno:** es el lugar donde van las almas después de morir. No importa cuál haya sido su conducta en vida.

- **Iris:** es la diosa del arco iris, que anuncia el pacto humano con los dioses y el fin de la tormenta. En la mitología suele llevar mensajes de los dioses a los hombres, como Hermes o Mercurio.

- **Orco:** Es un gigante, tal vez hijo del dios Plutón, que gobierna todo el inframundo.

- **Aqueronte:** o río de dolor. Es el río principal del inframundo

- **Cocito:** Es un río del Hades, el país de los muertos. Era un afluente del Aqueronte y se formaba por las lágrimas de todos los pecadores.

- **Ascanio y Juló** son los dos nombres del hijo de Eneas.

Llegada al Lacio. La heredad

Otra vez a la mar. Pero ya falta poco, y navegan paralelamente a las costas.

Desde su alta popa Eneas divisa un espacioso bosque. Por en medio de éste fluye un caudaloso y manso río. Las aves del lugar suavizan los aires con sus cantos y vuelan por el bosque. Eneas ordena a sus compañeros que enderecen las proas a tierra. Entran, alegres, por el umbroso río.

Esa comarca es regida por el anciano rey Latino. Tiene una sola hija, Lavinia, pretendida por todos los príncipes del Lacio. Es la heredera de todo el reino. Latino, sin embargo, sabe que su hija se casará con un príncipe extranjero, que llegará un día a estas playas.

Es tan bello y apacible el paisaje que se tumban bajo las ramas de un alto árbol. Extienden sus viandas sobre grandes panes, como si fueran mesas. Están tan contentos y con tan buen apetito, que también se comen los panes. Por lo que Julo, riendo, inocentemente, dice: "¡Ay, hasta las mesas consumimos!"

Eneas escucha estas palabras y dice:

"¡Salve, tierra que el hado me tenía reservada! Y vosotros también, ¡salve, fieles Penates de mi Troya! Éste es el paradero.

Aquí está nuestra patria. Mi padre Anquises

-ahora lo recuerdo- me fio este secreto del destino:

-Hijo, cuando llegado a ignotas playas, una vez consumidos los manjares, te fuerce el hambre a devorar las mesas, por cansado que te halles, espera encontrar allí morada, y de montar sus muros de defensa".

Recuerdan también lo que les había profetizado la arpía Celeno, en las islas Strófadas.

Al día siguiente todos salen a reconocer la región y una embajada especial se dirige a presentar los saludos y respetos al rey.

Éste los recibe cordialmente. Los troyanos le explican su origen, los motivos del viaje y le aseguran que nunca se van a arrepentir de acogerlos. Que sólo glorias obtendrá de ellos.

El rey Latino les pide que el mismo Eneas lo vaya a ver. Espera hacer una muy buena alianza.

Mientras tanto, la diosa Juno está muy airada porque ve que, a pesar de todos sus esfuerzos, Eneas y los suyos están consiguiendo su objetivo. Llama a la más calamitosa de las Furias, cuyo corazón sólo se goza en tristes guerras, en iras, traiciones y crímenes. Y le pide que la ayude.

Fruto de esto, al día siguiente, la reina Amata, esposa del rey, comienza a conspirar contra su propio marido. Ella quiere que Lavinia se case con Turno, un pariente suyo, rey de la zona y firme pretendiente de la joven. También la Furia instiga a Turno para que le haga la guerra a Eneas. Que no le permita, de ninguna manera instalarse en la península. Y así la Furia anda por todas partes suscitando guerras, celos y malos entendidos permanentes. Toda Italia arde en bélico furor. Unos apoyan a Turno, entre ellos la guerrera Camila. Unos pocos a Eneas.

Éste estaba tendido en la ribera del río por la noche, pensando tristemente en su destino. Se le aparece entonces el mismo dios del sitio, el Tíber, en apariencia de un anciano. Le dice

Ya hay demasiadas muertes. El pueblo de uno y otro bando está diezmado. Frente al palacio real de Latino se reúne un gran número de mujeres que maldice esta horrible guerra y el proyectado enlace de Lavinia con Turno. Ellas dicen que sea él, y solamente él, el que se bata en guerra contra Eneas. Días después, otro de los jefes guerreros, enemigo de Turno propone lo mismo: si tanto quiere Turno el amor de la gloria, si es tan esforzado su corazón, si aún insiste en que la que sea su esposa le ha de traer por dote un trono, que sea él quien se bata contra Eneas. ¿Por qué van a morir todos por su gloria?

En medio de la lucha es alcanzada Camila, quien muere bajo una feroz lanza enemiga. Sus compañeras huyen del campo de batalla con numerosos aliados.

Al fin se sella un pacto por el que se suspende la guerra. Turno decide mandar un mensaje a Eneas:

*"Decidamos la guerra los dos con nuestra sangre.
Que se juegue y se gane sobre el campo la mano de Lavinia".*

No obstante, hay gran revuelo de luchadores y ruidos de armas por todos lados. Lo que le hace decir a Eneas:

*"¿Dónde os precipitáis? ¿Qué discordia es ésta?
Sólo a mí me toca combatir. Dejadme, desechad vuestro temor.
Yo haré firme este pacto
con mi espada. Por estos ritos sólo yo tengo derecho a Turno".*

Mientras esto decía una saeta lo hiere en su muslo y Eneas cae. ¿Quién la disparó? ¿Dioses u hombres? Nunca se supo.

Pero Turno, rompiendo el pacto, al ver que a Eneas lo han recogido del campo de batalla, arrecia con sus hombres contra los troyanos. Éstos están desconcertados y siguen muriendo.

Eneas se recompone:

"¡Las armas, ea, a prisa, traédse las!"

Al fin, se enfrentan Turno y Eneas. Está muriendo demasiada gente. En definitiva, están disputando por la bella Lavinia. Quien se case con ella es el rey de todos.

Se acerca al lugar del duelo el rey Latino en su carruaje. En otro, Turno. Eneas jura solemnemente que, si él triunfa, el rey Latino seguirá usando sus armas, los troyanos edificarán una ciudad, y no tomarán como esclavos a los vencidos. Habrá entre todos los italianos una alianza que será eterna. Los humanos y los dioses, desde el Olimpo y las terrazas, observan el campo de batalla.

En intensa y simétrica lucha, se miden ambos guerreros. Varias vueltas dan al campo de batalla. Sus escudos resuenan. Turno está aterrorizado y le tira una gran piedra, desde lejos a Eneas. Éste aprovecha el desconcierto y arroja fuertemente su lanza, que, al herirlo, Turno cae pesadamente. Las imágenes le rondan a Turno como en un sueño. Todo el monte resuena en derredor.

Eneas se acerca. Turno dirige su mirada suplicante ante el héroe.

*"Lo tengo merecido. No te pido piedad -prorrumpe-. Has uso de tu suerte.
Pero si la aflicción de un padre infortunado puede llegarte al alma
-tú también has tenido en Anquises un padre que sabía de dolores-
compadécete de la vejez de Dauno,
y devuelve vivo, o si así lo prefieres, este cuerpo privado de la luz
llévaselo a los míos. Has vencido [...].
Lavinia es tuya. No lleves más lejos tu rencor".*

El ruego de Turno conmueve a Eneas y frena su diestra. Ya le perdonaba la vida, cuando reconoce, el tahalí de Palante, que Turno, después de matarlo, le había quitado.

*"¿Y tú, vistiendo los despojos
de aquel a quien yo amaba, te me vas a escapar de las manos? Es Palante, Palante
que con esta herida va a inmolarte y se venga en tu sangre de tu crimen".*

Le hunde la espada en el pecho. Un frío de muerte desata los miembros de Turno, y su espíritu, indignado, huye, lanzando un gemido, a la región de las sombras.

Para conversar

1. ¿A dónde llegan?
2. ¿Quién rige estas tierras?
3. ¿Cómo se sienten los viajeros en el lugar? ¿Cómo lo sabemos?
4. ¿Por qué Eneas entiende que aquí estará su morada?
5. ¿Quién trata de impedir los planes de paz de Eneas?
6. El dios Tiber ¿qué le aconseja?
7. ¿Quién se convierte en aliado de Eneas?
8. ¿Por qué y cómo se inicia la guerra contra los troyanos?
9. ¿Qué le quita Turno al cuerpo muerto de Palante?
10. ¿Qué proponen las mujeres para evitar que sigan las guerras?
11. ¿Cómo se va a disputar la mano de Lavinia y todo el reino?
12. ¿Quiénes asisten al duelo final?
13. ¿Qué promete Eneas?
14. ¿Cómo termina la batalla?
15. ¿Qué es lo que hace decidir su último gesto a Eneas?

Sobre la obra y el autor



La Eneida está escrita por Publio Virgilio Marón, a quien conocemos como Virgilio. Nació el 15 de octubre de 70 a. C., cerca de Mantua. Y falleció en Brindisi el 21 de septiembre del año 19 a.C.

Sus obras son las Bucólicas y las Geórgicas. La Eneida es su obra cumbre, y la última. De hecho fallece cuando la estaba corrigiendo. Había hecho un viaje por el Mediterráneo para tener la experiencia de lo que había vivido su personaje, Eneas.

Estudió Filosofía, Matemáticas y Retórica. En su Cuarta Égloga anuncia de un modo velado la Encarnación del Verbo, aunque sin entenderlo.

Era amigo de los más grandes poetas del momento, como Horacio. También lo era de Octavio, antes de que éste fuera emperador. Su obra la escribe precisamente por encargo de éste para mostrar el origen divino de Roma.

En cuanto al propósito de la Eneida, él lo dice bellamente:

*Canto al héroe que, forzado al destierro por el hado,
fue el primero que desde la ribera de Troya arribó a Italia
y a las playas lavinias. [...] Mucho sufrió en la guerra antes de que fundase la ciudad
Y asentase en el lacio sus Penates, de donde viene la nación latina
Y la nobleza de Alba y los baluartes de la excelsa Roma. En, I, 1-7*

También deja claro cuál es la misión histórica del pueblo romano:

*Tú, romano,
Recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Éstas serán tus artes:
Imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes
y abatir combatiendo a los soberbios. En, VI, 850-853.*